

En Defensa de la Ilustración: Por la razón, la ciencia, el humanismo y el progreso. Steven Pinker, 2018. (Ediciones Paidós, pp. 744)

León Felipe Castellón

Correspondencia: castellon_leon@hotmail.com
Egresado de la Ingeniería en Biotecnología.
Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, campus Puebla

Fecha de recepción:
07-febrero-2019
Fecha de aceptación:
14-marzo-2019

Pinker espera revivir los valores de la Ilustración, luchando contra varios de sus más férreos enemigos, y la mayoría supondría que cualquier ataque a esos valores provendría de la extrema derecha: de los enemigos del progresismo, de los movimientos religiosos anti-científicos, de las mentes cerradas. Sin embargo, Steven Pinker sostiene que hay un segundo asalto más profundo al legado del progreso de la Ilustración, proveniente de esferas intelectuales y artísticas: una crisis de confianza, ya que los partidarios del progreso ven desastres, contratiempos, emergencias, y hasta nuevas guerras que se están reabriendo, nuevas estructuras que replican viejas iniquidades, nuevos efectos secundarios destructivos de las mejores intenciones del progreso.

El pesimismo duda de que el progreso cumpla con su promesa de un mañana mejor; mientras, el cinismo cuestiona si el hoy es realmente mejor que el ayer de nuestros antepasados. ¿La ciencia y la tecnología realmente mejoran nuestras vidas, o las llenan de nuevos problemas a medida que nos arrastran, como Charlie Brooker vaticina en el imparable desastre futurista de *Blackmirror*?

Estas preguntas no son nuevas. Jean-Jacques Rousseau las planteó ya en la Ilustración; el movimiento romántico hizo lo mismo en la estela escalofriante de la Revolución Francesa, y Sigmund Freud las postuló al reflexionar sobre la Primera Guerra Mundial; especialmente en los últimos años, se les vuelve a preguntar y de nuevas maneras.

El profesor de psicología de la familia Johnstone de Harvard se sentó para responderles, para defender la tesis de que hemos progresado, que nuestro presente es mejor que nuestro pasado y que nuestro futuro, a través de nuestros esfuerzos, puede superar el ahora. Como

dice Pinker: “El principio de la Ilustración de que podemos aplicar la razón y la simpatía para mejorar el florecimiento humano puede parecer obvio, trillado, pasado de moda. Escribí este libro porque me di cuenta de que no lo es”.

La obra de Pinker se mueve de forma sistemática a través de varias métricas que reflejan el progreso, trazando mejoras a lo largo del último medio siglo en áreas que van desde racismo, sexismo, homofobia y *bullying*, hasta accidentes automovilísticos, derrames de petróleo, pobreza, ocio, empoderamiento femenino, etcétera. Inesperado entre sus cuadros de cambios, existe uno que sugiere que el ateísmo está aumentando y que la religiosidad está disminuyendo en Estados Unidos. Los gráficos son fáciles de descifrar: un gráfico de la disminución de las muertes de guerra por año a partir de 1945 podría parecer muy diferente si se hubiera iniciado en 1600. Pero si uno los lee de manera justa, la mayoría de los datos y análisis que proporciona Pinker son convincentes, pintando un tema repetitivo: el implacable retrato de la mejora.

Lo repetitivo y lo implacable rara vez son cualidades positivas en un libro, pero aquí sí lo son, porque lo que Pinker intenta presentar es tan básico y tan difícil a la vez que se puede necesitar una gran cantidad de pruebas; el optimismo es difícil de vender en este momento histórico. Pinker toma prestada la descripción de David Deutsch del optimismo como “la teoría de que todos los fracasos, todos los males, se deben a un conocimiento insuficiente”. Reconociendo el romanticismo del siglo XIX como el primer gran movimiento de contra-Ilustración, Pinker atribuye el aumento de tales sentimientos desde la década de 1960, guiados por varios factores. Él señala ciertas tendencias religiosas, porque un enfoque en la vida después de la muerte puede estar en tensión con el proyecto de mejorar este mundo, o preocuparse profundamente por él. Señala el nacionalismo y otros movimientos que subordinan los bienes del individuo o incluso los bienes de todos a los bienes de un grupo particular. Señala también a lo que él llama “formas neo-románticas de ecologismo”, no todos los ecologismos, sino específicamente aquellos que subordinan a la especie humana al ecosistema, y buscan un futuro verde, no a través de los avances tecnológicos, sino a través de la renuncia a la tecnología actual y las formas de vida. También señala una fascinación más amplia con las narrativas de declive, un “declinismo” o “apocalipticismo”, que prevé el final de nuestra era, ya sea a través de la guerra nuclear o por alguna otra aniquilación tecnológica, o mediante el vaciamiento y la degeneración de la sociedad moderna.

A estas causas antiguas se puede agregar el hecho de que las fallas de la humanidad nunca han sido tan visibles como en el siglo veintiuno. Enfrentamos enormes desafíos en muchos frentes: salud, pobreza, igualdad, ecología, justicia. Éstos no son problemas nuevos, pero nuestros fracasos son más visibles que nunca a través del incesante y acelerado torrente de noticias y fervientes llamamientos a la acción de los medios digitales, que han llevado a muchos al agotamiento emocional.

Después de los datos duros, el libro concluye con tres capítulos que son las herramientas que Pinker defiende: la razón, la ciencia y el humanismo. En la sección sobre la razón, él menciona los prejuicios políticos y la polarización como nuevas amenazas importantes para el ejercicio de la razón, incluyendo lo que él llama la “inclinación liberal” politizada de la academia. Argumenta en contra de la afirmación de que los humanos no son fundamentalmente racionales, señala (con razón) que los pensadores de la Ilustración afirmaron solamente que somos capaces de ejercer la razón, no que siempre lo hacemos, y que ejercer la razón es útil y beneficioso. Aquí (y en los capítulos sobre “Igualdad de derechos” y “El futuro del progreso”), Pinker ofrece su examen más sustancial del *Trumpismo* y temas relacionados, pero aquí también es positivo, instando a los defensores de la racionalidad a resistir el cinismo de llamar a esto un mundo post-verdad. Los hechos y la lógica tienen una fuerza persuasiva acumulativa, argumenta. Las historias que exponen falsedades han demostrado ser un excelente *clickbait*, él observa, y están aumentando en número y popularidad, y los editores han descubierto esta tendencia.

La celebración hacia la ciencia, en este libro, no está restringida: lo llama “un logro que supera las obras maestras del arte, la música y la literatura, una fuente de belleza, salud, riqueza y libertad sublimes”. Su estudio de la retórica anticientífica se centra en los movimientos que tratan de limitar la ciencia a los ámbitos materiales y tecnológicos, y considera (con sospecha) los intentos científicos de informar la ética, los valores o la cultura. Él es particularmente crítico con los argumentos que culpan a la ciencia por los males sociales, enfatizando la necesidad de distinguir entre la ciencia misma y los momentos en que la ciencia se ha torcido hacia ciertos fines, ya sea el darwinismo social o la desigualdad de género. Su ataque al valor de incorporar lentes de justicia social y de género en los estudios de ciencias es problemático, pero sugiere correctamente que los movimientos de justicia social pueden beneficiarse al acercarse a la ciencia como un aliado potencial en lugar de presumir que es un enemigo. Sin embargo, la ciencia puede torcerse fácilmente para servir a

la injusticia o la destrucción. La solución de Pinker a este riesgo es el humanismo, pues puede evitar que la ciencia sea un enemigo del progreso y la felicidad, argumenta, al mantener el poder de la ciencia de hacer algo para no hacer cosas terribles.

El humanismo tiene muchas definiciones, pero la que usa Pinker es la que podemos llamar “Humanismo Secular”, que define como: “El objetivo de maximizar el florecimiento humano: vida, salud, felicidad, libertad, conocimiento, amor, riqueza de experiencias”, y agrega que “no excluya el florecimiento de los animales” y que “promueve una base no sobrenatural para el significado y la ética: el bien sin necesidad de Dios”. Él asocia este humanismo con los valores terrenales de la *Declaración de Independencia de los Estados Unidos*, con la Ilustración, y con ideas post-Ilustración de derechos humanos. Pinker repasa lo que él ve como adversarios intelectuales del humanismo, como aquellos que lo caricaturizan como un utilitarismo frío, aquellos que sugieren que los humanos tienen una necesidad innata de creencias espirituales, y la acusación clásica, ubicua en el Renacimiento y la Ilustración, de que no puede haber buena virtud sin un Dios.

Para algunos lectores sorprenderá positivamente que, tras páginas de datos útiles y alentadores, la mayoría de los cuales se pueden considerar neutrales, la obra culmina en la declaración de que solamente el ateísmo triunfante puede asegurar que el progreso científico ayude en lugar de dañar. Pero el humanismo secular de Pinker es menos militante que el de muchas voces ateas contemporáneas; se centra en los beneficios de preocuparse por el mundo terrenal, en lugar de condenar a la religión. Su conclusión: que el progreso simplemente nos obliga a valorar la vida sobre la muerte, la salud sobre la enfermedad, la abundancia sobre la necesidad, la libertad sobre la coerción, la felicidad sobre el sufrimiento y el conocimiento sobre la superstición, es uno de los numerosos teísmos que pueden y han abrazado.